

**ENTREVISTA A LA MADRE ABADESA
MARÍA BENEDICTA QUIJANO OSB,
DEL MONASTERIO STA. MARÍA DE GUADALUPE,
AHUATEPEC**

1.- Madre abadesa, se refiere que su conversión a la vida monástica fue el fruto de sus lecturas y de su encuentro con el Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección, de Cuernavaca. ¿Puede decirnos algo sobre esas lecturas y ese encuentro?

Sí, mi conversión a la vida monástica fue, en parte, el fruto de mis lecturas y del encuentro con el Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección. Digo en parte, porque al menos desde el año 40 tenía una gran inquietud interior por vivir más intensamente la vida litúrgica ya que, siendo niña, había llegado a mi familia el misal de D. Gaspar Lefebvre, osb que tuvo una gran acogida en ese ambiente de profunda vida cristiana.

Pasaron así largos doce o quince años con el anhelo de algo más profundo en ese campo de la liturgia que se avivó en mis años de Acción Católica y se desarrolló durante mi vida religiosa como misionera de Jesús Sacerdote, pero ni aun ahí me sentía plenamente satisfecha.

La Providencia ya tenía trazado el camino. La fuerte amistad que nos unía a Madre Beatrix, a Madre Guadalupe y a mí nos colocó en circunstancias favorables para que las tres pusiéramos en común nuestras inquietudes interiores. Fue M. Beatrix quien después de haberse encontrado con el libro *Hombres y Dios*, de Pieter Van der Meer, de Walcheren, nos hizo luz en el camino y empezamos a ver un poco más claro. Vino enseguida, también providencialmente, el primer contacto con el Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección y ya directamente la lectura de la *Regla de San Benito (BAC)* con su introducción sobre el monacato. Fue

* Las preguntas fueron formuladas por el P. Mauro Mattei, osb.

clarísimo, jeso era lo que el Señor quería para nosotras! Había que buscar la manera de realizarlo.

Una primera entrevista de M. Beatrix con el P. Gregorio Lemercier, abrió las puertas. Él se encargaría de ver, mediando todos los permisos necesarios, a dónde podrían ir esas tres religiosas mexicanas que anhelaban la vida monástica; habría que hacer lo imposible, pues en México no existía la rama femenina.

Es obvio decir que el encuentro con esa comunidad monástica en el momento "cumbre" de su vida nos causó una impresión espléndida. La liturgia era bellísima en su gran sobriedad y el canto del Oficio divino, ya en español, atraía a muchas personas, no solo de Cuernavaca, sino de la ciudad de México y otros lugares. Además, el profundo interés con el que D. Gregorio se ocupó del asunto, nos llenó de aliento y esperanza: un monasterio femenino a la sombra de un monasterio masculino, hecho que se ha repetido en la historia de la Orden. Esto fue en el año 1955.

2.- Además, no fue una conversión individual sino que pertenecía usted a un grupo de tres religiosas que siguieron ese camino. ¿Puede decirnos algo de M. Guadalupe y de M. Beatrix?

Sí, algo ya dije en la respuesta anterior. Las tres nos conocíamos por el hecho de ser miembros del mismo Instituto Religioso y porque en varias oportunidades habíamos trabajado juntas en algunas casas de la Congregación. M. Guadalupe y M. Beatrix se habían conocido aun antes de ser religiosas, pues las dos, como maestras en diferentes centros educativos, se encontraban en el ejercicio de su profesión. Ninguna de las dos era de la ciudad de México, M. Beatrix era nativa de Guadalajara (Estado de Jalisco) y M. Guadalupe de Morelia (Estado de Michoacán). Vivían, en la ciudad de México, con una hermana mayor de M. Beatrix, dedicadas cada una a su trabajo profesional. M. Beatrix era maestra de música, había hecho sus estudios en el Conservatorio Nacional y había alcanzado el grado de composición.

M. Guadalupe, con su título de la Universidad de Michoacán, trabajaba en el Instituto Politécnico Nacional como maestra de Historia y Literatura Española.

Vale la pena decir una palabra más sobre ellas. Las dos, almas muy grandes, cada una con su fisonomía espiritual muy definida.

M. Beatrix, contemplativa, artista, extraordinariamente dotada para la música; con carácter muy firme y decidido.

M. Guadalupe de personalidad muy recia y definida, un alma amantísima de la verdad; de cultura muy amplia y con un corazón hecho para comprender.

3.- Madre abadesa, ¿en qué medida su niñez y juventud y ante todo su experiencia del tiempo de la persecución religiosa en México, determinaron su vocación religiosa?

Quizás no me es fácil hablar de este tema porque interviene mi familia. Sin embargo lo haré, pues como dice el P. Calvez, nuestra vocación está en Dios desde siempre y para siempre. Claro está, que la vocación necesitó de un contexto que la ayudara a germinar y a desarrollarse; también ese contexto estuvo, está y estará en las manos de Dios, de manera que al hablar de estas cosas me ocupo en cantar su gloria.

Mi niñez y mi juventud estuvieron fuertemente impregnadas de vida cristiana en un ambiente familiar muy equilibrado, (con esta expresión quiero ahorrarme el "trabajo" de hablar de mis padres y hermanos) que colaboró para que se formara en mí un sentido profundo de la vida.

La persecución religiosa (1926-1929): ¡tres años tan intensamente vividos a pesar de mi corta edad! El haber sido elegida la casa de mis padres para que en ella permaneciera la Reserva eucarística parroquial, hizo de ella el centro de irradiación de vida eclesial en el lugar en que vivíamos. La presencia transitoria o permanente de un gran número de sacerdotes que llegaban presos a la ciudad de México y a los que había que buscarles hospedaje, ya que tenían la ciudad por cárcel, nos hizo, a mis hermanos y a mí, tomar conciencia de que no se podía vivir a la ligera, ya que, por ejemplo, una indiscreción podía poner en peligro la vida de una persona.

Fueron, como decía antes, tres años de 1926 a 1929, vividos con mucha intensidad, que dejaron en mí huellas muy hondas que me dieron luz para valorar diferentes situaciones de la vida en las que debían aflorar la discreción, la austeridad, el valor, la jerarquización de valores, etc.

No puedo prolongar demasiado, en esta breve entrevista, el tema de la persecución religiosa, pero ciertamente podría narrar cosas interesantísimas de esos años teñidos en sangre que sin duda harán florecer esta parte de la Iglesia que peregrina en México, cumpliéndose así lo dicho por Tertuliano: *Sangre de mártires, semilla de cristianos*.

4.- ¿Fue entonces el grupo que formaban ustedes tres el que ingresó al Monasterio de Ermeton en Bélgica? ¿Cómo se formó aquel Monasterio de Ermeton? ¿Quién y cuándo lo fundó? Cuéntenos algo de sus tres años en aquel Monasterio, del espíritu que reinaba allí.

Sí, fuimos nosotras tres las que ingresamos al Monasterio Ancilla Domini, en Ermeton s/Biert, Bélgica.

Nuestros nombres son: Soledad Padilla (M. Beatrix), Guadalupe B. Zavala (M. Guadalupe), Guadalupe Quijano (M. Ma. Benedicta).

Las tres fuimos y... las tres volvimos, enamoradas e impregnadas del espléndido ideal de vida monástica vivido ahí.

La comunidad se formó al fin de la guerra de 1914-1918, en Bruselas, Bélgica.

Hubo un grupo de jóvenes que anhelaban la vida monástica, con irradiación al exterior. Estas jóvenes fueron guiadas por un monje de la Abadía de Maredsous, que tenía el mismo ideal: D. Eugenio Vandeur.

Con permiso del Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas-Bruselas, las jóvenes se reunieron y guiadas por D. Vandeur, empezaron la vida monástica con mucho entusiasmo.

El canto del Oficio divino se inauguró el 15 de octubre de 1917. La primera profesa fue la Madre Benedicta Bayard. Permanecieron en la casa de Bruselas hasta 1920, pues la llegada de vocaciones las obligó a buscar un lugar más adecuado. Dejaron la ciudad y se fueron a Wépion s/Muse, cerca de Namur, en un lugar llamado Mont-Vierge y después a Marlagne hasta 1936.

En este año 1936, D. Teodoro Nève, Abad de San Andrés de Brujas, tomó bajo su dirección la comunidad fundada por D. Vandeur y facilitó el cambio de Marlagne a Ermeton s/Biert.

En 1943 la comunidad de Ermeton es afiliada a la Congregación Benedictina de la Anunciación, cuyo Presidente, era en esa época, D. Teodoro Nève. La comunidad se desarrolló normalmente.

En la guerra de 1940, la comunidad tuvo que huir y dejar el Monasterio abandonado, frente al ejército enemigo. Después de la guerra pudo restablecerse y prosperar bajo la dirección segura de la Rev. Madre Priora Beatrix Fontaine, que fue quien nos acogió en 1955.

Los tres años vividos en Ermeton fueron para nosotras una "revelación". Comprobamos que lo que la RB estructura y enseña sobre la vida monástica, se vivía ahí en plenitud. El Oficio divino era espléndido; la Eucaristía, centro de la vida de la comunidad, se celebraba con tanta dignidad que constituía, como acabo de decir, el centro vital de la misma, por algo el lema del Monasterio es, *Sanctificati per oblationem*.

En la comunidad muy marcada por su apertura y generosidad, reinaba un espíritu de profunda caridad, prueba de ello es que a consecuencia de la guerra la comunidad hermana de Hurtebise se vio necesitada de ayuda de personal y Ermeton envió a dos de sus monjas, que al correr de los años cambiaron su estabilidad.

Con un grupo de hermanas alemanas que se habían formado en Ermeton y que, a causa de la guerra no habían podido establecerse en su patria, Ermeton hizo llegado el momento, la fundación de Steinfeld.

5.- Su retorno a México fue realmente "tormentoso" y los primeros años de la comunidad difíciles. Cuéntenos algo de esas "tormentas" y de esos escollos (cambios de lugar, construcciones).

¡Sí, el regreso a México fue tormentoso y tormentoso de verdad!

Después de nuestro viaje a Roma —adonde las hermanas mexicanas habíamos ido para pedir al Papa Pío XII la bendición para la fundación— se fijó la fecha para el regreso. Habíamos atravesado el Jordán (el océano) como Jacob, sin nada y volvíamos a pasarlo cargadas de un ideal y de todo lo que el Monasterio fundador nos daba para poner en marcha la fundación: libros, telas,

ropa... y el espléndido telar artesanal que debido a la generosidad del P. Lemerrier habíamos podido comprar con el fin de instalar nuestro taller de ornamentos tejidos a mano. Todo esto había que empacarlo bien, pues el regreso lo hicimos en un barco carga, el "Andrea" a fin de poder transportar todo el equipaje y además, sin excedente de costo en los boletos de viaje, ya que todo se había registrado como herramienta y material de trabajo.

Dejamos Ermeton la tarde del 12 de septiembre de 1957. En la mañana de ese día la Madre Priora Beatrix Fontaine dirigió en la Sala Capitular unas palabras de aliento y confianza a quienes dejaban el Monasterio fundador para llevar, al querido México, la experiencia de vida recibida ahí; entregó a las fundadoras la Cruz de Fundación y la Santa Regla.

A media tarde emprendimos el viaje a Amberes, acompañadas de la M. Maestra de novicias, Genoveva Ghestem, y de Sor Ma. Lucas Kerremans. Ya todo el equipaje y los bultos habían sido enviados con anterioridad al puerto.

Nuestras dos acompañantes de Ermeton y las cuatro hermanas mexicanas —para el regreso el grupo había aumentado con la Hna. Maura Paulsen, quien a fines del 55 llegó a Ermeton para su formación y regresaba como novicia—, pasamos la noche en una casa religiosa y el 13 por la tarde subimos al barco, cenamos, rezamos y dormimos ahí.

En los pequeños camarotes pudimos instalarnos bien y el 14 a las 5 p.m. el capitán pidió a nuestras acompañantes que dejaran la nave pues se iban a soltar ya las amarras...

El barco comenzó a moverse y poco a poco veíamos que nos alejábamos de tierra y las figuras de M. Genoveva y de S. Ma. Lucas se hacían más y más pequeñas hasta que sus pañuelos que nos despedían se convirtieron en puntitos blancos que al fin desaparecieron...

Dejamos la bahía de Amberes y entramos a mar abierto; el barco se movía de diferente manera.

A los siete días de travesía, precisamente a la altura de las islas Azores, un joven cubano, compañero de viaje, nos dio la noticia de que se acercaba un ciclón, el "Carrie"; nos dijo que no nos inquietáramos ya que estábamos fuera de esa corriente de viento; pero... al atardecer llegó un S.O.S. del barco-escuela alemán

"Pamir" que pedía auxilio pues estaba envuelto en el ciclón. Una ley de mar nos hizo acudir para prestar auxilio. Nos fue imposible proporcionarlo y nos vimos también nosotros envueltos en el ciclón que, durante doce largas horas, nos azotó con furia. El "Pamir" fue totalmente destruido y de sus noventa y dos jóvenes marinos alemanes, solo se salvaron cuatro. No es fácil describir esta tremenda experiencia, solo puedo decir dos cosas: rezábamos sin parar y experimentamos la sensación de ser pequeñas bolitas que rodaban en el camarote como en una caja. Las olas golpeaban con furia la claraboya y nosotras permanecíamos adentro encerradas con llave por uno de los marineros que recibió orden de hacerlo así.

A media noche un terrible ruido de motores nos hizo pensar que el barco se hundía, empezaron a arrojar la carga al mar; ¡enormes cajas de... relojes suizos! Solo esperábamos que vinieran por nosotras para ponernos en un bote salvavidas y... al mar...

Gracias a Dios no fue así, el Señor nos conservó la vida, porque como decía M. Beatrix: "No podemos perecer, pues el Santo Padre nos dio la bendición para que esta fundación benedictina cante siempre la gloria de Dios".

Pasado el ciclón tuvimos una travesía maravillosa: gozamos de espectáculos con las puestas y salidas del sol, con peces voladores, delfines, etc.

Llegamos a Cuba, donde tuvimos que permanecer una semana; llovía copiosamente y el barco debía cargar muchas toneladas de azúcar. Nos hospedaron las Hnas. de la Caridad de San Vicente de Paul y nos dieron la oportunidad de conocer la ciudad y cosas muy interesantes, pues comenzaba el desajuste político; Fidel Castro estaba ya en Sierra Maestra. Terminado el trabajo de carga, reanudamos la travesía con muy buen tiempo.

Por fin, en la alborada del día 10 de octubre vimos a lo lejos, tierra, ya eran las costas de Veracruz. Como a las nueve de la mañana, antes de llegar al puerto, se acercó la gran barca de sanidad para inspeccionar el barco y pudimos descender. Nos esperaba el P. Lemercier y algunos de nuestros familiares. Se hicieron todos los trámites para recoger el equipaje y la carga y, después de comer, en una camioneta que había llevado el P. Lemercier y en dos automóviles de nuestras familias, emprendimos el viaje a la ciudad de México. Llegamos alrededor de las diez de la noche a la casa de una religiosas capuchinas donde nos

hospedamos hasta la tarde del día 14 en que ya, un poco organizadas con lo indispensable, en la misma camioneta realizamos la etapa final: México-Cuernavaca; nos dirigimos a la casita de fundación que el P. Lemercier nos había preparado. Asistimos a las Vísperas con los monjes de Ntra. Señora de la Resurrección, nos sirvieron un sabroso helado y después... listas para iniciar la vida monástica en nuestra patria.

Esa casa nos alojó durante un escaso año y medio, las "tormentas" comenzaban a levantarse y había que buscar casa para vivir.

Dejamos la casa de fundación en los primeros días del mes de marzo del 59 y fuimos a la ciudad de Cuernavaca a una casa fea, incómoda, pero la única que fue posible conseguir con la modesta renta que podíamos pagar. Estuvimos en ella hasta el mes de agosto del 60; el año y medio pasado ahí, estuvo marcado por cosas buenas y cosas malas; las buenas: el Señor nos envió la primera vocación y tuvimos mucho trabajo en el taller de ornamentos; la mala fue que la noche del 14 de octubre nos robaron nuestro haber y tener: el cáliz, una máquina de coser (prestada), los cubiertos de la hospedería y... la tela tejida a mano para hacer tres ornamentos... La vida se hacía verdaderamente imposible en ese lugar.

Hacia agosto del 60 la Providencia ya había arreglado las cosas para que nos trasladáramos a Santa María Ahuacatitlán, que era el primer monasterio construido por nosotras y que reunía las condiciones necesarias para la vida regular: capilla improvisada en lo que en el futuro sería una terraza para la hospedería, refectorio, celdas, sala común, taller y además una pequeña hospedería que ya nos permitía cierta irradiación.

El lugar era bellísimo, estábamos relativamente cerca del Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección; nós apenas que M. Beatrix había sufrido la primera trombosis. Como la situación se hacía difícil ya que solamente éramos M. Guadalupe y yo con las dos hermanas en formación, escribí a M. Beatrix Fontaine, nuestra Priora, informándole de la situación. Me indicó que fuera a Ermeton y llevara a las dos hermanas jóvenes. Así lo hice, dejando a M. Guadalupe sola en el monasterio, pues para entonces ya había sido necesario internar a M. Beatrix en el Sanatorio Español. Mi regreso del rápido viaje a Ermeton ya no lo hice sola. La M. Beatrix pidió a nuestra comunidad hermana de Steinfeld que nos prestara a M. Hildegarda,

de manera que en noviembre del 62 éramos tres en la comunidad. En enero del 63 llegó también como refuerzo M. Clotilde, monja de Ermeton y en abril una nueva postulante. El 1° de mayo el Señor recogió a M. Beatrix.

En el año 66 un nuevo esfuerzo generoso de Ermeton hizo posible la venida de M. Humbelina, quien nos había ayudado tanto en las melodías para el Oficio en español. Permaneció con nosotras hasta 1972.

La vida en Santa María se normalizaba poco a poco y llegaron nuevas vocaciones. Permanecimos ahí hasta el 15 de septiembre de 1968. Urgidas por las circunstancias tuvimos necesidad de dejar este sitio. Eran ya los años de muchísima incertidumbre, y la situación del Monasterio de Nuestra Señora de la Resurrección se agravó. Ayudadas por la M. Priora de Ermeton que vino a visitarnos, tomamos la determinación de dejar ese lugar pero... ¿adónde ir?

Como la Providencia nunca nos ha abandonado ni nos abandonará nos deparó muy buen terreno en Ahuatepec. ¿Qué hacer? ¿Emprender de nuevo el duro trabajo de la construcción? Valía la pena pues estábamos cerca del Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, fundación de Mount Angel, USA, lo que nos aseguraba la atención espiritual y todo lo que significa un intercambio fraterno.

Nos alojamos unos cuantos meses en el convento de la Religiosas Dominicanas de la Doctrina Cristiana, en el mismo pueblo de Ahuatepec. Esto nos permitía poder vigilar los cimientos de la construcción, hasta que en diciembre del mismo año, nos acomodamos, como mejor pudimos, en el terreno del futuro monasterio, en unos grandes salones que se destinarían provisionalmente a una obra social para las mujeres del pueblo. Esto nos facilitaba un control más directo de la obra en construcción.

Económicamente esto fue posible porque, gracias a Dios, pudimos vender el monasterio de Santa María Ahuacatitlán y con esa suma se compró el terreno y se construyeron catorce celdas, el estudio para el noviciado y la biblioteca. Todo el resto: zona de servicios que comprende el refectorio de la comunidad y de la hospedería, la cocina, la ropería, la lavandería y dos talleres fue costeadado totalmente por Adveniat. Además construimos la hospedería para veinte personas; este proyecto nos obligó a pensar

en tener una capilla definitiva ya que habíamos estado ocupando el refectorio de los huéspedes como capilla provisional. Por eso en 1972 nos decidimos a terminar lo que ya en un principio habíamos comenzado a construir y que había sido necesario suspender: una preciosa losa de "cascarón", un pentágono con sus cinco columnas de apoyo. En nueve meses y con piedra extraída del terreno del monasterio se terminó lo que ahora es el coro monástico y en 1986 pudimos hacer la ampliación definitiva. Este hermoso proyecto de ampliación fue hecho por nuestro querido hermano el P. Gabriel Chávez de la Mora.

6.- El Monasterio Santa María de Guadalupe se encuentra ahora en un lugar muy apropiado en medio de un jardín de árboles, prados y flores, con una iglesia hermosa y muy adecuada para las funciones litúrgicas, con un canto litúrgico hermoso, digno, pulcro. ¿Puede referirnos cómo llegaron a estos felices resultados, especialmente en materia litúrgica?

Ya le he podido dar algunos datos de la ubicación, el ambiente, los esfuerzos para la construcción, etc. ; ahora me referiré especialmente a la liturgia.

En materia de liturgia y canto, tuvimos la fortuna de encontrar en Ermeton una comunidad que vivió la preparación, los inicios y el desarrollo en la Iglesia del movimiento litúrgico al que el Concilio puso después bases sólidas con su Constitución Sacrosanctum Concilium.

Grandes personalidades como D. Bernardo Capelle, D. Lamberto Beauduin, D. Eugenio Vandeur, D. Odo Casel y otros más, influyen fuertemente en esa comunidad como en otras tantas de Bélgica, Alemania y Holanda.

Ya en época más cercana a nosotras, la capacidad para el canto gregoriano de las Madres Bernarda y Humbelina Mac-Avoy, ayudaron a M. Beatrix, en el trabajo inicial de la preparación del Oficio divino en español.

La comunidad mantuvo varios años ese Oficio preparado en Ermeton, tratando de mejorarlo siempre. Esto fue hasta la llegada de nuestras hermanas de la Abadía Santa Escolástica, de Argentina (1974).

A partir de entonces decidimos en reuniones de comunidad, adoptar el Oficio de aquel monasterio, pues además de ser muy bello, estaba ya casi completo en esa época; y al tener la dirección y el apoyo de la Hna. Ma. Isabel Federik, que venía de esta Abadía, nos facilitaba la tarea a nosotras que por nuestras grandes limitaciones, propias de una comunidad nueva y reducida en número, no teníamos ni el tiempo ni la capacidad para llevarlo a término.

Continuamos día a día con nuestro empeño de mejorarlo pues no olvidamos lo que dice San Agustín que "el que ora cantando, ora dos veces".

7.- ¿Cómo está organizado el trabajo en su monasterio? ¿De qué viven? ¿Nos puede decir algo del funcionamiento de su hospedería? ¿Hay estadísticas?

También para esta cuestión debemos remontarnos a los orígenes... El monasterio fundador vive "del trabajo de sus manos"; había que orientar a la fundación en México, por ese mismo camino, cosa muy normal.

El taller de ornamentos realizados con telas tejidas en telares manuales, dentro del monasterio, nos daban una "pista" para nuestra naciente comunidad. Pudimos aprender esta artesanía en el telar holandés, regalo del P. Lemercier.

A nuestra llegada pudimos hacer ornamentos "fuera de serie" que atrajeron una buena clientela, entre ella la Catedral de Cuernavaca —para la que hicimos trabajos según diseños del P. Gabriel Chávez de la Mora—, la Delegación Apostólica y también para el extranjero —España y Canadá.

Además, como el lugar se presta por el clima y la abundancia y variedad de flores, instalamos un apiario; una pequeña huerta con árboles propios de la región: aguacates, guayabos y nísperos, estos dos últimos para la manufactura de mermeladas, sin dejar de lado "otras pequeñas industrias", como el taller de hostias, que van dando la gotita necesaria para cada día. Y, mediante este esfuerzo comunitario, la Providencia realiza su propio trabajo.

La hospedería comenzó a funcionar desde que estábamos en la casa que nos facilitó el P. Lemerrier. Después, ya en nuestro monasterio de Santa María, había capacidad para seis u ocho personas. Al llegar a Ahuatepec vimos la necesidad de ampliarla y, gracias a Dios, podemos acoger a personas solas o en grupos que vienen deseosas de un encuentro con Dios. Es por eso que nuestra liturgia no solo es vivida por la comunidad, sino que tiene una mayor apertura.

No hay propiamente estadísticas, sí un registro detallado de los huéspedes porque siendo Adveniat quien nos ayudó a construirla, de tiempo en tiempo, le informamos del trabajo que en ella se realiza. Por este trabajo tenemos también una fuente de ingresos.

En trabajos de otro estilo le puedo mencionar que temporalmente nos hemos ocupado en traducciones y, cuando los grupos lo solicitan, en la orientación y charlas para retiros. Sin excluir los que la comunidad organiza para jóvenes.

8.- ¿Cómo se practica en su monasterio la lectio divina? ¿Y los estudios?

a) El horario la facilita. A partir de las 5 p.m. hasta la hora de Vísperas 6.30, sabemos que es tiempo dedicado a ella.

La lectio divina es vivida por la comunidad como uno de los elementos constitutivos de nuestra vocación monástica. Se siente, y frecuentemente se expresa el deseo de poder realizarla durante más largo tiempo y con mayor sosiego.

b) Se puede distinguir el de las jóvenes en formación y el de la comunidad de profesas. Las jóvenes no tienen trabajos durante la tarde para dedicar su tiempo a los diferentes estudios que incluye el programa para el noviciado.

Las profesas realizan el mejoramiento de sus conocimientos y ampliación de su cultura, individualmente o mediante temas de estudio que se realizan con aportes personales en reuniones comunitarias. Cuando la UBM realiza cursos, las hermanas siempre participan en ellos, en mayor o menor número. Además, sacerdotes amigos de la comunidad colaboran en este campo de los estudios.

9.- ¿Puede decirnos algo de las hermanas que ya fallecieron?

• *Madre Beatrix Padilla Rivera*

La M. Beatrix (Soledad Padilla Rivera) fue la elegida por el Señor para iniciar en México este brote de vida monástica.

Temperamento de artista, un alma muy fina y sensible, que había llegado en sus estudios musicales en el Conservatorio Nacional de México, a un nivel elevado, realizando varias composiciones musicales.

Tuvo la alegría de ver realizado su anhelo de vida monástica, solo que el Señor, en sus designios misteriosos, la dejó disfrutar de aquello que tanto había anhelado solo durante cortos seis años.

Ella que inició la fundación en la tierra, fue la primera en llegar a la fundación en el cielo. Entró en la casa del Padre, acompañada de Jesús a quien amó con un amor fuerte y generoso, el 1 de mayo de 1963, en la festividad de San José obrero.

Los largos once meses, en los que sufrió varias trombosis cerebrales, afinaron en ella la obra de transformación que el Señor había iniciado en temprana edad. Las Hijas de San José fueron quienes nos facilitaron poder atenderla en el Sanatorio Español de la ciudad de México, con la mayor eficacia, dedicación y delicadeza.

Fue sepultada en el cementerio español de México; pero el 9 de febrero de 1973 pudimos exhumar sus restos y traerla a la cripta que, al construir la primera parte de la capilla, preparamos para las tres fundadoras.

• *Madre Guadalupe Zavala*

Íntima amiga de M. Beatrix tuvo el entusiasmo y el coraje de secundarla en los trabajos de la fundación.

Solía decir con San Agustín: "tarde te conocí", refiriéndose, naturalmente, a la vida monástica, que la vivió con una entrega y generosidad capaces de dejar huella en las jóvenes que la valoraron y la quisieron enormemente.

Ella sí disfrutó de la fundación, pues tuvo la alegría de llegar a la fecha en la que nuestro monasterio se independizó. Vivió con intensidad las alegrías y las penas de la comunidad.

En la madrugada del 12 de octubre de 1979, el Señor la llamó a su reino, llegó en brazos de la Santísima Virgen a quién amaba tiernísimamente, ya que el Señor la había privado, al nacer, de su madre de la tierra.

El 22 de octubre de 1986 exhumamos sus restos y descansa ya junto con M. Beatrix en la cripta de nuestra capilla, al pie del altar.

10.- ¿Quién las ayudó para que pudieran realizar la construcción de su monasterio?

Como ya dije, con el producto de la venta del monasterio de Santa María, pudimos adquirir el terreno de Ahuatepec (dos hectáreas) y construir la parte del monasterio que comprende las primeras catorce celdas, la biblioteca y la sala de estudio del noviciado; para lo demás: refectorio, cocina, talleres, etc., intervino Adveniat. Para la ampliación de la capilla que, gracias a Dios, pudimos realizar en 1986, recibimos una importante donación de una familia de México y para las mejoras exteriores y otras pequeñas ampliaciones más, recibimos ayuda de diferentes bienhechores.

Hemos podido comprobar que siempre que la comunidad se ve verdaderamente necesitada de algo, el Señor se hace presente.

En lo que se relaciona a las mejoras que favorecen los ingresos de la comunidad, pudimos construir, hace dos años, una cisterna para recoger agua pluvial y regar la huerta en los meses que escasea el agua.

11.- ¿Qué significó para ustedes la llegada de las monjas Trapenses del monasterio El Encuentro, en Ciudad Hidalgo?

Tuvimos conocimiento de la llegada de las monjas Trapenses, porque su monasterio fundador nos pidió, a través de Ermeton, algunos informes prácticos referentes al viaje, que a ellas les sería útil conocer. Es por esto que cuando llegaron ya, de alguna manera, nos sentíamos vinculadas a ellas. Esto significó para nosotras un estímulo pues seríamos dos las comunidades que en México podrían

despertar en las jóvenes la búsqueda de los grandes valores a los que el hombre, por vocación divina, está llamado.

Sus alegrías han sido nuestras alegrías, así como sus grandes penas lo han sido también para nosotras. Mantenemos relaciones muy fraternas y en las ocasiones en que podemos encontrarnos, compartimos nuestras comunes experiencias.

12.- ¿Qué es lo que usted desea para la vida monástica en México en vistas del V Centenario de la evangelización de América?

a) Que se defina la vida monástica a la luz de la *RB*, sabiendo que los elementos esenciales constitutivos de esta vida son por sí mismos evangelizadores. Estos elementos son: *la separación del mundo, el silencio y la soledad*; estos crean un ambiente propicio para una vida de intensa oración litúrgica y privada, lo cual constituye el aporte básico para el apostolado "... ofrecen a Dios el excelente sacrificio de alabanza, enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa. Por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, ocupan siempre una parte preeminente en el Cuerpo Místico de Cristo" (PC 7).

- *La lectio divina*: es un contacto asiduo con la Palabra de Dios que da al monje la visión clara de las cosas y los acontecimientos; alimenta las virtudes teologales, gracias a las cuales valora con justeza las realidades terrenas y puede ejercer en su forma de irradiación, aparentemente limitada, una influencia más profunda y convincente.

- *La vida común*: frente a un mundo disgregado, con anhelo de unidad, pero que cada día se distancia más, la vida fraterna, marcada con su sello de *estabilidad*, irradia en torno al monasterio y directamente a los que a él se acercan, la riqueza que ofrece el ideal evangélico: *mirad cómo se aman*.

- *El trabajo*: el trabajo monástico marca un rumbo totalmente distinto del trabajo productivo que nos envuelve en esta sociedad de consumo en que vivimos; es el trabajo que completa el designio de Dios, la obra del Creador. Haciendo de él un motivo de elevación espiritual y de "productividad" ayuda a la comunidad monástica a su sostenimiento y, según la *RB* también a los más pobres; es

fuerza del desarrollo humano porque favorece la responsabilidad, la creatividad y la solidaridad.

Si San Benito evangelizó hace quince siglos, ¿no podremos también nosotros, al acercarse el tercer milenio, hacer con esta forma de vida una obra de verdadera evangelización, como tan sabiamente lo hizo San Benito en Europa?

b) Que se trabaje con acierto para que esta forma de vida se dé a conocer a nivel de Iglesia, comenzando si fuera posible por los Obispos, los seminarios, los centros de espiritualidad, etc.; que se conozca a fondo esta riqueza de la Iglesia, teniendo en cuenta que al dar a conocer la riqueza excepcional de la vida monástica, se eleva el nivel religioso y cultural de los jóvenes futuros sacerdotes y de los laicos que acuden a centros de espiritualidad buscando mayor cultura religiosa.